

Pero vamos á convertir nuestros ojos por toda Europa. La revolucion francesa ha cambiado por completo las corrientes de la opinion pública. Los pueblos que eran hostiles á su César, son favorables á su democracia. El periodismo inglés pide á una voz la paz, y la paz honrosa para Francia. En España las manifestaciones de entusiasmo se suceden con rapidez asombrosa; y se oyen por todas sus ciudades los acentos de la Marsellesa y los gritos de ¡viva la República! En Portugal es grandísima la agitacion.

Pero lo más grave que en estos momentos sucede es la caída de la corona pontificia que remataba todos los absurdos privilegios de la Edad Media. El poder temporal de los Papas rueda por el suelo. Despues de muchas dudas, de una larga incertidumbre, el gobierno italiano ha decidido la entrada de sus tropas en la Ciudad Eterna. El Papa sabia que le era imposible resistir desde el punto en que le faltaron las bayonetas francesas, sobre las cuales su autoridad se apoyaba. La primer orden que salió de sus labios fué esperar sin vana resistencia, sin inútil derramamiento de sangre humana, la llegada que ni sus fuerzas, ni sus conjuros podian evitar, la llegada de las tropas italianas. Mas los soldados católicos llamados de todos los puntos de la tierra,

creen de su deber resistir furiosamente á los decretos de la Providencia, que ha condenado como el espíritu humano, la autoridad temporal de los Papas á irremisible ruina. Las tropas italianas estarán desde hoy á mañana dentro de la Ciudad Eterna donde habia concluido para siempre el poder teocrático.

Otra ruina más del privilegio; otra victoria más del derecho. Aquel Pontificado, que resucitó las aristocracias teocráticas del Asia; que selló con su óleo la frente de los Césares y con sus maldiciones la frente de los pueblos; que intentó quemar la ciencia en sus hogueras y encadenar la razon humana perpetuamente en sus lóbregos calabozos; que ha opuesto á los progresos de la sociedad y del espíritu las leyes inflexibles del poder absoluto; que ha divorciado la democracia de la religion, y la libertad y la igualdad del Evangelio; que ha sido el mantenedor de todas las tiranías, el enemigo de todos los derechos; que ha hecho su propia apoteosis, declarándose Dios infalible é impecable en medio de una sociedad progresiva y humana, aquel Pontificado desaparece como una sombra porque ha sonado tras tantas luchas y tantos martirios, la hora de la emancipacion universal para la conciencia; Te Deum laudamus; Te Deum libertatis.

CAPITULO L.

PARIS.

Dia 14 de Setiembre.

En medio de sus desgracias muestra Francia grande ánimo. Alemania no ha puesto aun su bandera en ninguna de las ciudades fuertes. No puede Strasburgo sufrir la lluvia de hierro candente que le envian los obuses prusianos. Phalsburgo no puede humanamente rechazar los asaltos que se repiten hoy como nunca en la necesidad para el enemigo de tener plazas fuertes que puedan proteger y no hostigar una retirada. Toul hace salidas victoriosas que desordenan los ejércitos sitiadores. Montmedy, Mezieres, ciudades que han visto los cercanos reveses de Sedan, no sucumben. Ville la Fere pelea con una grande constancia. Metz guarda desde el dia 18 de Agosto sus cien mil hombres, sin que ningun sintoma ni indicio señalen una próxima rendición. Bien puede sucederle al rey de Prusia que gane todas las batallas y que pierda todos los sitios. Sobre todo, el sitio de París se presenta formidable. La frase de Favre se cumplirá; primero los fuertes, tras los fuertes los muros, tras los muros las barricadas, y en

todas partes los pechos franceses sirviendo de escudo á la patria, como en Zaragoza y en Gerona. El general Trochu ha pasado una gran revista á sus defensores. Trescientos mil hombres habia. Extendíanse en línea desde la plaza de la Bastilla, donde tantos recuerdos revolucionarios vagan, hasta el Arco de la Estrella, donde el jóven de Rude, bellísima estatua, aquel jóven griego, desnudo, desenvainando su espada de Marathon y de Platea, recuerda los grandes tiempos de la primera República.

Los trescientos mil hombres pertenecen á diversas categorías. Junto á la levita la blusa, junta á la blusa las mangas de camisa rotas. Pero todas estas diversas categorías quieren conservar la tierra comun, la patria amada, donde han de reposar sus cenizas y confundirse con las cenizas de sus mayores. En Valencia, cuando nuestra sublime guerra de 1808, invocada hoy por todos los franceses, un pobre vendedor de pajuelas, se desciñó su faja, la colgó de un palo, reunió en torno suyo muchedumbres decididas á pelear,

á morir, y aquel andrajo fué la enseña de una victoria. Hoy que ha caído el Imperio, ese Imperio receloso del armamento popular, hoy todo francés debe tomar un fusil y correr á los muros donde se defiende la honra y la integridad de la patria. Si no lo hacen, si vacilan, si no comprenden que la muerte mejor es la muerte por la patria, Francia dejará de ser Francia para convertirse en la Polonia de Occidente.

El aspecto de París, ¡ah! es sublime. Aquella confusion de todas las clases, condiciones, edades en las filas de los defensores de la libertad; aquella confusion prueba que hay una sola alma en París, y en esa alma, un sólo pensamiento, la salvacion de la patria. Los trescientos mil hombres entonaban á una virilmente el cántico sublime: *mourir pour la patrie*. Este cántico lleno de unción patriótica, entonado por aquellas voces guerreras, al compás de los pasos marciales, al ruido de las armas, en medio de una poblacion gritando Viva la República, despertaba los recuerdos de los tiempos heroicos, y prometía la palma de la victoria al sublime martirio por una grande idea.

Cuando vino la noche, vino con ella un espectáculo horrible. Los bosques de las cer-

canías de París ardian. Imaginaos el siniestro resplandor reflejándose sobre la ciudad llena de armas, de cañones, de combatientes, de pasiones guerreras, siempre homicidas y siniestras. Imaginaos el horror de tantas familias fugitivas, de tantos bienes convertidos en humo, de tantas poblaciones aniquiladas. ¿Será verdad? Aquellos bosques llenos de árboles seculares por los cuales creia yo ver vagar las almas de los antiguos dioses galos, aquellos bosques, cuya sombra y cuyo césped dieron tantas veces consuelo al cuerpo y al pensamiento del desterrado en sus aficciones; aquellos bosques son hoy nubes de humo y mares de cenizas.

La naturaleza los habia formado para que albergaran los ganados, los pacíficos bueyes, los inocentes corderillos, la abeja que liba la miel en la resina, la mariposa que se matiza las alas en las flores; el arte los habia llenado de fuentes, de lagos, de estatuas, de jardines no soñados; la paz los habia hecho reverdecer mil veces, y albergar la vida en toda su exhuberancia; y ahora la guerra los tala, la guerra los reduce á cenizas, y empa esa cenizas en sangre humana. ¡Maldita, maldita sea mil veces la guerra!

CAPITULO LI.

VOTOS POR LA PAZ.

Días 15 y 16 de Setiembre.

Un tratado de paz, un tratado de paz debia exigir Europa entera al Rey de Prusia. ¿Cómo? Se destruyen las mayores obras de la civilizacion moderna, arden las ciudades que sostienen la vida humana con sus ideas, con su trabajo, y Europa entera no tiene fuerzas bastantes á detener el brazo que amaga descargar sobre nosotros tan terribles golpes. El Rey de Prusia se cree todavía en 1815; cree que el Gobierno Provisional es un Gobierno sin autoridad y sin fuerza como el gobierno del duque de Otranto; cree que el París de la República es el París de Marmont; cree que la embestida será fácil é imposible la defensa; cree que llegará, vencerá, entrará, y volará los puentes, y saqueará los museos, como Blucher despues de Waterlóo, é impondrá á Francia expirante un gobierno sacado de los furgones prusianos.

Sólo por una série de recuerdos, de ambiciones, de ensueños, puede explicarse el caer sobre París redimido á los ojos del mundo por su revolucion. Se ha vuelto ese Rey de

B.

Prusia un insensato. Mas la insensatez no está sólo en avanzar sobre París, sino en desconocer la autoridad del nuevo gobierno y reconocer la existencia del antiguo Imperio. ¿Tan poco sabia de Francia, de su ánimo, de sus ideas, que le ha sorprendido el cambio anunciado por todos, la conversion del pueblo francés á la República?

Para nadie era misterio que en cuanto la fortuna le volviese las espaldas en los campos de batalla, Napoleon no podia sostenerse en su trono de París. Para nadie era un misterio que la derrota seria en los campesinos imperialistas un desencanto, porque creian el Emperador invencible, y en los ciudadanos, casi todos demócratas, ocasion de reivindicar la eclipsada, pero nunca extinguida República. La revolucion europea, la democracia europea, han ganado en Sedan una batalla con pólvora de derecho divino. Las armas forjadas por los reyes son dóciles instrumentos de los pueblos. El rey de Prusia ha traído al Occidente la invasion de sus hulanos, y ahora el Occidente llevará al rey de Prusia la

invasión de sus ideas. Monarca de derecho divino, has destruido con tus cañones al Papa y al César, las dos columnas de tu trono. Estás perdido en medio de tu victoria.

El reconocimiento del Imperio napoleónico es una locura incomprensible. Guillermo de Prusia ha creído que al prender un Emperador en Sedan, prendía un pueblo. Cuando Carlos V puso su mano sobre Francisco I en París, puso su mano sobre Francia. En la torre de los Lujanes, yacía algo más que un rey, yacía la personificación de un pueblo. El cautiverio entonces, en vez de ser una causa de súbito destronamiento, era causa de mayor autoridad para el rey, de mayor adhesión en el pueblo. Pero hoy casi todos los reyes son reyes por la tradición ó por la fuerza. En cuanto los espejismos de la tradición se desvanecen de su corona, ó la fuerza se cae de sus manos, los reyes están perdidos. La espada de Sadowah liberalizó el Imperio austriaco; la espada de Sedan mató el Imperio francés, dos absolutismos derribados por un rey de derecho divino. Tal es la fuerza incontestable de las ideas.

Basta que reconozca el rey de Prusia el Imperio francés, para que lo maldiga y deteste el pueblo. Dos ideas defiende ahora el gobierno prusiano que no prevalecerán. La una es la intervención directa en la política interior de Francia, la otra es la conquista. El principio del derecho público moderno es la soberanía de las naciones. Este principio de derecho público interior, se eleva, como la tolerancia religiosa en la paz de Westphalia, á derecho internacional por esta otra fórmula: principio de no intervención. La guerra en sus comienzos era por parte de Alemania justísima. El Imperio francés se inmiscuía en todos los asuntos alemanes, en las anexiones de sus provincias, en los parlamentos de sus pueblos, en los tratados militares, en el pacto de Praga, en la línea del Mein. Restablecer el principio de no intervención fué uno de los primeros propósitos de Pru-

sia. Y ahora, olvidando que en la guerra no basta con tener fuerza, sino que se necesita también tener razón, ahora trata de mezclarse en los asuntos interiores de Francia, en su política, en su gobierno, como si hubiera muerto en los campos de las victorias prusianas la nación francesa. Si Prusia llega á sostener este principio de intervención hasta el fin, perderá toda la razón, y con la razón todas sus victorias.

Y no sólo debe renunciar á la intervención sino que debe renunciar á la conquista. Ya lo ha visto. La Alsacia y la Lorena no recuerdan ser alemanas; su corazón, su inteligencia, su espíritu, su vida son de Francia. El ejército alemán sólo posee la tierra que pisa. Donde quiera que se levanta un reducto, allí se levanta la bandera tricolor salpicada con heroica sangre francesa. Estrasburgo prefiere la peste, el incendio, la ruina de sus monumentos, la muerte de sus hijos bajo las piedras calcinadas, el suicidio de toda una generación á dejar de pertenecer á la gran nación revolucionaria, que la redimió de la servidumbre feudal con sus sublimes principios. Así como era una insensatez del Emperador Napoleón, codiciar los principados Rinianos para Francia, es una insensatez del rey Guillermo codiciar la Alsacia y la Lorena para Alemania. Sobre las piedras podrá grabar sus águilas; pero no las podrá grabar sobre los corazones. Y aunque hoy arrancara á Francia esas provincias, no podría arrancarle el espíritu francés que en esas provincias existe. Y tendría una causa de debilidad en esos pueblos conquistados; tendría un Milanesado, un Véneto prusiano, la guerra eterna y la eterna zozobra, que matan á las más grandes naciones.

Además Prusia no podría pedir esas provincias sino en nombre de un principio acreditadísimo entre los pangermanistas, el principio de que pertenece á la Alemania toda tierra que habla alemán. Y ese principio sería una amenaza para Suiza que podría renovar en el lago de los cuatro cantones el juramen-

to de Guillermo Tell, y herir el orgullo del nuevo Imperio Germánico. Y ese principio sería otra amenaza para Rusia donde el partido anti-germánico, poderoso en el clero y el pueblo, pide un veto á las ambiciones de Prusia y teme por el porvenir de las provincias del Báltico. Y ese principio armaría toda Francia contra toda Alemania porque es imposible que el pueblo francés se resigne, por una sola campaña adversa, á perder la posición geográfica y política que ocupa por sus fronteras rhinianas en el centro de Europa. Y ese principio podría impulsar el Austria, tal vez á la Italia, á una alianza con Francia. Y Prusia podría purgar con una larga decadencia, tal vez con una desmembración, la bor-

rachera que la ha tomado después de sus recientes victorias.

Si Prusia imagina que Francia está muerta porque Francia está vencida, se engaña. No hay que creer en la muerte de las naciones. Un pueblo abatido por un régimen de cesarismo corruptor puede redimirse y elevarse á grande altura por un severo régimen de libertad. Nosotros parecíamos muertos y nos levantamos hasta la guerra de la Independencia, é inauguramos la época de los prodigios. Prusia parecía extinta después de la paz de Tilssitz, y Prusia venció á su vencedor. Francia no ha muerto. Francia será inmortal en cuanto sienta derramarse por sus venas la sangre nueva y caliente de la libertad.